

## ***La rama masculina juvenil de la Acción Católica Argentina: catolicismo y política asociativa (1931-1970)***

Omar Acha (Argentina) <sup>1</sup>

<http://dx.doi.org/10.4025/rbhranpuh.v9i25.31087>

**Resumo:** Desde su fundación en 1931, la trayectoria de la rama juvenil masculina de la Acción Católica Argentina expresa una historia interna del laicado católico local. Los entusiasmos organizativos de la década de 1930, las contrariedades halladas durante el primer peronismo, y las peripecias de la década de 1960, revelan mutaciones culturales y políticas de mediano plazo en la historia del activismo juvenil. Ya en los años cuarenta las dificultades para constituir una organización de masas y al mismo tiempo resistir las novedades “modernas” habían propiciado la emergencia de atribulado un discurso juvenil. Luego de 1955 se agudizó la tensión siempre viva con las dirigencias laicas y eclesiásticas, lo que derivó una década más tarde en rupturas ideológicas que condujeron a la crisis definitiva de la base juvenil del asociacionismo católico, hacia 1970.

**Palavras chaves:** Juventud católica; Catolicismo; Argentina; Asociaciones.

### **The Male Youth Branch of Argentine Catholic Action: Catholicism and Associative Politics (1931-1970)**

**Abstract:** The trajectory of the male youth branch of Argentine Catholic Action since its foundation in 1931 reveals interesting aspects of the history of the lay movement. From enthusiastic organizing during the 1930s to the problems the movement faced during Peronism, and subsequently, the conflicting decade of the 1960s, highlight important cultural and political changes for young Catholic lay activism in the medium term. Difficulties with building a mass organization in the forties and resistance to “modern” innovations contextualized the articulation of a problematic youth discourse. After 1955, permanent tensions between the rank and file Catholic Youth and the older laymen and ecclesiastic elites generated the kinds of ideological disagreements that a decade later, led to the definitive crisis of the youth strata of Catholic lay associations.

**Keywords:** Catholic Youth; Catholicism; Argentina; Associations.

### **O ramo juvenil masculino da Ação Católica Argentina: Catolicismo e política associativa (1931-1970)**

**Resumem:** Desde sua fundação, em 1931, a trajetória do ramo juvenil masculino da Ação Católica Argentina expressa uma história interna do laicato católico local. Os entusiasmos organizativos da década de 1930, as contrariedades vistas durante o primeiro peronismo e as peripécias da década de 1960 revelam mutações culturais e políticas de médio prazo na história do ativismo juvenil. Ainda

<sup>1</sup> Historiador, doctor por la Universidad de Buenos Aires y la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (Francia). Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET, Argentina), Investigador asociado en el Centro de Investigaciones Filosóficas; docente en el Departamento de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. E-mail: [omaracha@gmail.com](mailto:omaracha@gmail.com).

nos años 40 as dificultades para construir uma organização de massa e, ao mesmo tempo, resistir a novidades “modernas” haviam propiciado a emergência de um atribulado discurso juvenil. Em 1955 se agudizou a tensão sempre viva com os dirigentes laicos e eclesiais, o que derivou uma década mais tarde, em rupturas ideológicas que conduziram a uma crise definitiva da base juvenil do associacionismo católico, até 1970

**Palabras clave:** juventude católica; Catolicismo; Argentina; Associações.

*Recebido em 23/02/2016 - Aprovado em 12/04/2016*

## Introducción

La historia de la rama juvenil de la Acción Católica Argentina (ACA) ha sido descuidada por las interpretaciones de la política e ideología en la Argentina del siglo veinte. Esa desatención contrasta con la relevancia reconocida a su cultura política (y a su crisis) en la génesis de la “radicalización” política juvenil de las décadas de 1960 y 1970. En tal sentido se suele destacar el pasaje de parte de sus cuadros más recientes a las organizaciones político-militares de izquierda en los años setenta, pero no se dispone de una reconstrucción de la trayectoria institucional dentro de un itinerario más prolongado. Este es justamente el objetivo del presente trabajo: proponer una perspectiva de la formación, militancia y crisis de la Asociación de Jóvenes de la ACA, de las tendencias prevalecientes entre su fundación y la debacle generalizada que prácticamente la disolvió a fines de la década del sesenta.

En este trabajo, se aludirá sólo someramente a los antecedentes del asociacionismo católico juvenil anterior a 1930. Luego de una indagación de las primeras experiencias organizativas de la juventud masculina de la ACA durante los años treinta y cuarenta, se analizarán los elementos principales de su discurso político y social, en el que se relevará con atención las referencias a la virilidad y el heroísmo como ejes articuladores de una sensibilidad antimodernista. Se notará entonces la impronta nacionalista en la cultura católica, particularmente efectiva entre sus rangos juveniles (en las ramas de adultos el panorama era más complejo). Ese eje no era completamente nuevo pues en sus rasgos generales estaba presente desde los años veinte y revelaba un importante préstamo ideológico de matriz europea en un contexto de lucha contra el naciente comunismo. Un cierto juvenilismo y ámbitos asociativos católicos, pronto complejizados por el nacionalismo, crearon un tono politizado y militante.

Acercándonos a los años cincuenta se seguirán las peripecias de las actitudes de la rama juvenil ante el primer peronismo y la renovación del contenido social de sus puntos de vista, en el que ingresan cuestiones relativas al cambio histórico, especialmente después de 1955. El peronismo fue un momento crucial para el activismo católico porque si bien en un principio prometió la sanción estatal de un renacimiento cristiano, a medida que los vínculos se descompusieron hasta concluir en una conflagración abierta, el regreso al llano de la lucha hegemónica desnudó la distancia de sus concepciones de entreguerras con una nueva época histórica. Tras el momento peronista se estudiarán las novedades que condujeron a la rebelión juvenil contra las capas dirigentes de la ACA y de

la jerarquía eclesiástica durante la década de 1960. Se reconstruirán los marcos del tránsito hacia una radicalidad política que condujo al abandono masivo de las filas de la Juventud de la Acción Católica en los albores de los años setenta.

La hipótesis de trabajo sostiene que los jóvenes católicos cultivaron un discurso militante antimodernista y anticomunista sin aspiraciones políticas nítidas hasta después de la caída del peronismo, en cuyo conflicto final del bienio 1954-1955 se comprometieron. Ese activismo fundamental –posibilitador de una autonomía hasta entonces desconocida– fue luego marginado en los rangos dominantes de la época de la “Revolución Libertadora” que derrocó a Juan D. Perón en septiembre de 1955. Las brasas de ese fuego no pudieron ser apagadas tras la caída del gobierno peronista, pues si bien las relaciones entre la ACA y el peronismo habían sido siempre ambivalentes, las reivindicaciones sociales impulsadas por el peronismo dejaron hondas huellas entre el activismo católico juvenil. El proyecto de una Democracia Cristiana no logró construir un canal de participación institucional alternativo. Por otra parte, la clausura de posiciones de poder en el seno de la ACA –un rasgo constitutivo de su jerárquica cultura asociativa– implicó otra fuente de desavenencias en la rama juvenil, pues las más bien implícitas demandas previas de mayor independencia de criterio se transformaron en un desafío creciente. A eso debe añadirse la conmoción interna de los rangos eclesiásticos ocasionada por el Concilio Vaticano II y sus réplicas latinoamericanas. Los aires revolucionarios y transformadores de la década del sesenta permitieron el despliegue de la intranquilidad hasta entonces reprimida y desencadenaron la crisis del sector juvenil de la ACA.

No obstante la eclosión de los años sesenta, las contrariedades asociativas e ideológicas de la juventud católica puede ser rastreada desde los años treinta, particularmente en lo referente a la inclinación de un asociacionismo “italiano” vertical y desconfiado de autonomías en las bases. Al respecto una comprensible actitud antiesencialista o empirista puede tender a desconsiderar rasgos generales en beneficio de los matices que indudablemente se hallarían en indagaciones de menor alcance o, si se quiere, de menor escala. En efecto, estudios de caso mostrarían que las definiciones institucionales presentes en las publicaciones nacionales (y en realidad porteñas) que nutren este trabajo son excesivamente unívocas e insuficientes para realidades locales, donde incluso por razones materiales la subordinación juvenil era impracticable. Lo que esos reparos previsibles no logran siempre eludir es la importancia que justamente el plano nacional tuvo para el itinerario global de la rama juvenil.<sup>2</sup>

Una última aclaración concierne al concepto de “juventud” aquí utilizado. Sin duda no es el mismo que orientará las pesquisas de los años sesenta del siglo veinte inscriptos en una idea de cambio social y cultural acelerados. Si en ese cambio las y los jóvenes constituyen un vector de transformaciones sociales, no pareciera ser el caso

<sup>2</sup> No obstante, con esta indicación no se pretende desautorizar de antemano una crítica adecuada respecto de las limitaciones inherentes a un trabajo de síntesis. Ciertamente, estudios de otras escalas y espacios mostrarán dinámicas asociativas irreducibles a una modelización subyacente en el presente estudio.

durante el tramo 1930-1950. Para ese periodo la tarea sugiere más bien el rastreo de la constitución de una identidad juvenil todavía *in fieri*, incluso en las clases medias y altas en que el activismo católico avanzaba con mayor rapidez. En ese sentido, el presente trabajo dialoga con una inclinación de la historiografía argentina a pensar la historia y problemática de la juventud en íntima conexión con el paradigma de una modernización social y cultural, o más precisamente, con su avance interrumpido o incompleto.<sup>3</sup> Antes que indagar hasta qué punto, y con qué limitaciones, la juventud católica asumió las tendencias universales de la “modernización”, interesará reconstruir el modo en que las prácticas de asociación juvenil se inscribieron en un mosaico conflictivo de la vocación hegemónica en el laicado católico de la Argentina urbana.

### La creación de la rama masculina juvenil de la ACA

El activismo católico entre los varones jóvenes fue un rasgo que acompañó la organización asociativa del sector desde el renacimiento militante ocurrido en la década de 1880 (AUZA, 2007). Una docena de laicos porteños, ligada previamente alrededor de Félix Frías en el llamado “Club Católico”, constituyó en 1883 la Asociación Católica de Buenos Aires, impulsora de una destacada propaganda contra la ola liberalizante de la década. En este clima de vigorización laical surgió la *Sociedad Juventud Católica* que agrupada por Luis Gonzaga Repetto publicó el órgano semanal *La Esperanza*; el número de sus miembros no superó los 150 (USSHER, 1958, p. 38). En 1908 tuvo lugar en Buenos Aires el Primer Congreso de la Juventud Católica, y siete años más tarde fue organizado un Segundo Congreso. Ambos acontecimientos continuaron inscriptos en el ambiente ideológico derivado de la derrota política y cultural del Ochenta (AUZA, 1984a, caps. 6 y 9).

Durante la primera década del siglo veinte la presencia juvenil halló esporádicas figuras asociativas, pero fue recién en el decenio siguiente, al calor del impulso de la sensibilidad contrarrevolucionaria que siguió al bienio 1917-1919, que el agrupamiento juvenil logró alguna visibilidad. Desde los grupos de acción de la Liga de Trabajo y en las filas del movimiento político-asociativo organizado por el sacerdote Miguel de Andrea se congregaron núcleos juveniles en la Unión Popular Católica Argentina (UPCA) (MCGEE DEUTSCH, 2005, pp. 140-144). Justamente, en el seno de la UPCA y vinculado a la Liga Argentina de la Juventud Católica se constituyó el *Ateneo Social de la Juventud*, entidad que con alguna variación de su denominación perduraría hasta principios de los años cincuenta. De Andrea lo pensó como un espacio de construcción “popular” de lo juvenil en la mencionada clave contrarrevolucionaria (DE ANDREA, 1954, pp. 126-129).

Asesorada por Fray Fidel Schelibon, la Liga editó desde 1923 la *Revista de la Juventud Católica*. La publicación definió su programa como “de pensamiento y acción”. Es revelador que el proyecto así comenzado insistiera en la etapa formativa en que se hallaba

<sup>3</sup> El fundador del paradigma fue GERMANI (1962). Ver: TERÁN (1991); TORRE (1994); CATTARUZZA (1997); PUJOL (2003). El trabajo de investigación más sistemático en la mencionada clave es el de MANZANO (2010).

la juventud, tanto en el plano individual como en el colectivo.<sup>4</sup> No se detecta por entonces una juventud católica organizada, aunque algunos núcleos se reunieron en torno de los Cursos de Cultura Católica y en los agrupamientos universitarios afines. La *Revista* se posicionó críticamente ante la Reforma Universitaria de 1918, sin abstenerse de subrayar la necesidad de una nueva vida académica. Hay que destacar que la Liga surgió contemporáneamente a varias asociaciones y publicaciones juvenilistas emergidas del reformismo universitario y orientadas hacia la izquierda, autoproclamadas como una “nueva generación” (CATTANEO y RODRIGUEZ, 2000; VASQUEZ, 2000; PITA GONZALEZ, 2009). Ante ello, la *Revista* católica enfatizó que la juventud caracterizada por su “entusiasmo” requería ser conducida hacia una disciplina tutelada por los obispos que impulsaban la edificación del sector.<sup>5</sup>

El juvenilismo que comenzaba a prosperar en la época también encontró expresiones entre la juventud católica, cuyas implantaciones sociales se hallaban en las clases alta y media. Su rasgo principal en materia asociativa fue la subordinación al mando de los adultos y especialmente del clero. Lo mismo ocurrió en la participación juvenil con inclinaciones intelectuales en los Cursos de Cultura Católica. Una de sus figuras jóvenes, Atilio Dell’Oro Maini proseguiría sus esfuerzos organizativos e intelectuales en el impulso a la revista *Criterio*, surgida en 1928. Pero como en otras iniciativas juveniles, la presión de la Jerarquía tendió a desarticular lo construido (DEVOTO, 2005). Durante la década del veinte, este surgimiento de las prácticas asociativas se vio matizado por otra vertiente ideológica vinculada al agresivo proceso de reorganización de las fuerzas católicas: el nacionalismo (DEVOTO y BARBERO, 1983). El decenio amparó la confluencia del catolicismo y el nacionalismo en una tendencia que nunca alcanzó a la fusión; por el contrario, sobre todo desde 1930 los vínculos fueron conflictivos y cambiantes.

La Liga era una organización más dentro de una red de iniciativas asociativas, junto a los mencionados Cursos, la Academia Literaria del Plata, y centros de estudiantes católicos de diversas ciudades del país, tanto del nivel secundario como del universitario. En el Centro Universitario Católico y en la propia Liga, se destacó el estudiante de Derecho David Zambrano (h).

Dentro de un proceso mundial de reorganización del laicado católico, a principios de 1931 se constituyó la Acción Católica Argentina, a la que se transfirieron los bienes de la UPCA. Su primera estructura se compuso por cuatro “ramas” distinguidas por sexo y edad: Hombres, Damas, jóvenes varones y jóvenes mujeres. La importancia de la fundación de la rama juvenil masculina de la Acción Católica Argentina reside en que por vez primera nacía una organización nacional con la consigna de desarrollar un activismo específico (MALLIMACI, 1991; BIANCHI, 2002; BLANCO, 2008). Desde un principio se estableció con claridad la doble subordinación de la nueva *Federación de la Juventud Católica* en la ACA: como laicos debían obediencia a la Jerarquía Eclesiástica, y como jóvenes entre los 15 y los 30 años de edad se hallaban subordinados al mando de los

<sup>4</sup> Inicial. En: *Revista de la Juventud Católica*, vol. 1, N° 1, abril de 1923, p. 3.

<sup>5</sup> Fray VERITAS, La juventud y el momento actual. En: *Revista de la Juventud Católica*, n° citado, pp. 11-12.

varones adultos (los varones jóvenes que se casaban pasaban automáticamente a la rama adulta, los Hombres).

La designación de autoridades en todos los niveles de la Federación, como en las otras ramas, fue un atributo inalienable de los asesores eclesiásticos. La agenda del activismo y las decisiones fundamentales fueron supervisadas por los laicos adultos, e ineludiblemente requirieron el visto bueno de los asesores eclesiásticos. No obstante, definida la Federación juvenil como “rama”, también se afirmó su capacidad de darse marcos de acción propios. Debía organizarse en centros parroquiales, editar sus órganos de difusión, reunirse en asambleas, todo lo cual implicaba la sedimentación de un poder asociativo supervisado por las primacías ya mencionadas. En los tempranos años treinta, el desafío explícito a las direcciones civil y eclesiástica fue sin embargo inimaginable. El énfasis activista de los jóvenes fue el de la preparación militante y la obediencia. Lo expresó claramente el sacerdote Félix Cruz Ugalde, que los concibió “en *formación*, hasta la hora de pasar a la primera línea de fuego”, es decir, a la rama de Hombres. Estos se hallarían “bien formados”, libres de la “impaciencia” juvenil (CRUZ UGALDE, 1935, p. 113).

La tarea encomendada a la primera estructura de la rama juvenil masculina fue la “protección moral” de los jóvenes “soldados de mar y tierra”, y de “los jovencitos que entran en sociedad”.<sup>6</sup> La juventud masculina encarnaba el ímpetu y la búsqueda de ideales, pero esa fuerza pujante debía ser regulada. De otro modo, la generosidad e impetuosidad conducirían al camino del “vicio”.<sup>7</sup> El tópico era corriente en la publicística católica, tal como lo expresó el escritor del diario católico *El Pueblo*, Luis Barrantes Molina en una recopilación de sus textos a principios de los años treinta (BARRANTES MOLINA, 1933, pp. 724-727).

Los jóvenes católicos debían promover la difusión del ideario cristiano y combatir, hasta llegar a la denuncia y la manifestación pública adversa, la enseñanza antirreligiosa en los institutos educativos. En este plano, la Federación continuaba la tarea de una organización previa de estudiantes católicos: la Federación de Congregaciones Marianas y otras agrupaciones relacionadas con la vida estudiantil. El *Boletín* de esta Federación dio la bienvenida a la ACA y especialmente a su Federación juvenil con la siguiente interrogación: “¿Es que pudo hacer más nuestra Federación de las Congregaciones Marianas en preparar próximamente la Juventud para la Acción Católica? Alégrase pues, sinceramente; y ofrécese a ser providencial auxiliar de la que considera obra de la Iglesia de Cristo”.<sup>8</sup>

El 28 de abril de 1931 Santiago Luis Copello, obispo de Aulón y vicario general del Arzobispado, rubricó con su autoridad la designación de la dirigencia nacional de la rama juvenil masculina que así creaba. Revelando la continuidad de las dirigencias juveniles con la Liga de la UPCA, Santiago Estrada y David Zambrano (h) fueron

<sup>6</sup> *Estatutos de la ACA*. Buenos Aires, ACA, 1931, p. 123.

<sup>7</sup> *Estatutos de la ACA*, p. 145.

<sup>8</sup> *Boletín Oficial de la Acción Católica Argentina* (en adelante *BOACA*), N° 3, junio de 1931, p. 69.

designados como sus autoridades, asesorados por el padre Rodolfo Carboni, cura de la parroquia San Lorenzo Mártir.<sup>9</sup>

En su reunión del 22 de julio de 1931, la Junta Nacional de la ACA aceptó los pedidos de adhesión de la Federación de los Círculos Católicos de Obreros, la Obra Cardenal Ferrari, las Escuelas de Cristo, la Tercera Orden de San Francisco, la Federación de Ex Alumnos de Don Bosco y la Federación de las Sociedades de Ex Alumnos de los Hermanos Maristas.

La mencionada Obra Cardenal Ferrari, perteneciente a la Orden de San Pablo, había desplegado su presencia desde 1920 en diversas dimensiones del activismo social. Como soporte escrito de esa tarea editó una revista para jóvenes. La publicación *Heroica* es de interés para este trabajo porque explicitó algunos temas de larga duración en los discursos sobre la juventud católica. Su consigna adoptó la frase de Paul Claudel: “La juventud no ha sido hecha para el placer sino para el heroísmo”. Desde el primer número aparecido en 1928, *Heroica* enfatizó la necesidad de desplazar las distracciones mundanas en favor de una exigencia de “apostolado”. Por apostolado juvenil *Heroica* entendía las obras de caridad y la inclinación a un compromiso que no fuera subsumido en el “militantismo”. Gustavo La Pira definió como meta de la publicación el “suscitar en las almas el entusiasmo del amor divino, [que] necesita artículos capaces de producir latidos generosos en los corazones más que de aquietar las inteligencias en meditaciones prolongadas”.<sup>10</sup> En sus páginas escribieron sacerdotes de destacada actuación en la ACA como Nicolás Fasolino y Gustavo Franceschi, y jóvenes laicos como Alfredo Caprile.

La referencia a Caprile nos permite destacar un rasgo temprano de la dirigencia de la Juventud de la ACA. Presidente del Consejo Superior del sector hasta 1940, Caprile provenía de la Obra Cardenal Ferrari e impulsó diversas publicaciones para dirigentes de la Federación de Jóvenes de la ACA: *Boletín de Delegados*, *Amar*, *Boletín del Dirigente* y *Servir*. Fue uno de los primeros en plantear, ya en 1937, la necesidad de una “especialización” de la militancia que considerara las diferentes actividades, profesiones y lugares de trabajo. Esa preocupación provenía de su propio quehacer como médico pediatra. El anclaje profesional, y por ende la situación de clase social, caracterizó a la dirigencia de la Federación durante su primer cuarto de siglo. No fue por azar que fuera sucedido en la siguiente generación de activistas por jóvenes profesionales liberales como el también médico Manuel N. J. Bello y el abogado Ramiro de Lafuente.<sup>11</sup> En realidad el punto de vista de clase genéricamente burgués puede ser constatado –como para distintos pero interrelacionados temas han indicado María Ester Rapalo y Miranda Lida en referencia al asociacionismo católico [RAPALO, 2012; LIDA, 2014]– en el conjunto de la dirigencia laical y la jerarquía eclesiástica del periodo.

<sup>9</sup> Integrantes del consejo nacional de la rama: Juan J. Charmontes, el doctor Felipe Sobrero, Agustín Villar, el ingeniero Néstor Sein, Alberto del Carril Peña, Alberto Massa, el doctor Álvaro Ladrón de Guevara y Carlos A. Bellati. Juan Esteban GATTI. Cómo nació la JAC. En: *Informativo de la Acción Católica*, N° 16, noviembre de 1973, pp. 15-17.

<sup>10</sup> Jorge LA PIRA. Llamado a la vida interior. En: *Heroica*, vol. 4, N° 6, marzo de 1932, p. 23.

<sup>11</sup> Manuel J. BELLO. Alfredo Caprile. En: *BOACA*, N° 347-348, mayo-junio de 1951, pp. 54-56.



Dos años después del inicio de las afiliaciones en la ACA ya se había definido la tendencia de edades y sexos en la composición de la institución. Las mujeres adultas y jóvenes aventajaron a los varones, especialmente a los adultos. Esta tendencia jamás sería revertida. Las mujeres superaron en número de círculos y afiliadas a los varones en su conjunto, y los jóvenes a los varones adultos.<sup>12</sup> Según el análisis que realizó el primer asesor general de la ACA, Antonio Caggiano, esa divergencia de sexo y edad coincidía con la reticencia de los varones a cumplir con el deber del pago de la cuota mensual en cada centro.<sup>13</sup> Por lo tanto, el compromiso asociativo de los varones parecía menor e inconstante si era contrastado con el de las jóvenes y las “damas”.

El primer centro de los Jóvenes se creó el 28 de junio de 1931 en la parroquia de Nuestra Señora de Balvanera, de la ciudad de Buenos Aires. Presidido por David Zambrano, el centro fue oficializado en diciembre del mismo año con una composición de 22 activistas. En ese momento ya se habían establecido otras trece agrupaciones juveniles masculinas en las parroquias porteñas. La primera organización juvenil cordobesa fue fundada el 6 de noviembre del mismo año; Julio Echeverría presidió el centro con residencia en la iglesia del Perpetuo Socorro y fue secundado por otros 11 militantes. Cinco días más tarde surgió el centro que Arnaldo Giménez organizó en la parroquia del Sagrado Corazón de María, que contó con 29 asistentes. Pocos días antes de concluir el año, Mario Leonfanti fue designado presidente del centro parroquial de Santa Rosa, en la ciudad de Santa Fe, a la cabeza de 23 socios. Las fundaciones fueron reiniciadas tras el receso estival en el resto de las diócesis del país. Las primeras formaciones juveniles de la Acción Católica fueron predominantemente urbanas, al menos hasta fines de los años cincuenta, momento en que comenzaron a prosperar las tácticas de activismo laical rural.

Los años treinta fueron tiempos de bonanza para el avance del asociacionismo católico. Como puede observarse en el gráfico 1, incluso si comenzó a estabilizarse a mediados de la década para los adultos, la tendencia de las afiliaciones juveniles mostró un ritmo de ingresos constante. Mientras tanto, el proceso de organización y complejización avanzó con rapidez. En junio de 1933, una conferencia del episcopado decidió la creación del sector de “Aspirantes”, esto es, de niños entre 10 y 15 años, preparatorio para el ingreso a la Federación de la Juventud, y ante el cual quedaba subordinado. En agosto se acordó el reglamento, y el 26 de setiembre el Consejo Superior de la Federación designó como primer delegado a Jorge Carlos Carreras. Puesto que Carreras ingresó al seminario de Buenos Aires y tuvo que abandonar su función, Caprile fue nombrado delegado nacional de Aspirantes, integrando la Delegación Nacional Álvaro Ladrón de Guevara y el padre Andrés Dossin. La primera sección de Aspirantes

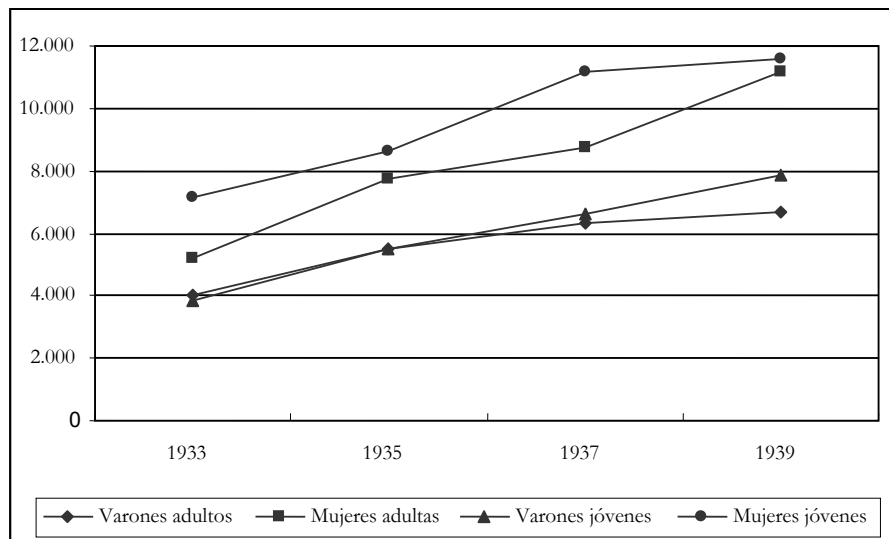
<sup>12</sup> Ver gráfico 1. Sobre la evolución del activismo de la ACA en este periodo ver ACHA (2010).

<sup>13</sup> A. CAGGIANO. El problema de la cuota de los socios de la Acción Católica Argentina. En: *BOACA*, N° 35, octubre de 1932, pp. 513-525. El diagnóstico de Caggiano atribuyó la diferencia del comportamiento a una “pobreza espiritual” que era preciso combatir.



confirmada surgió el 19 de marzo de 1934, en el Centro Parroquial San José, en La Plata.<sup>14</sup>

**Gráfico 1. Evolución de socias/os de las ramas de ACA, 1933-1939**



Fuente: elaboración propia a partir de CAGGIANO (1939).

La Primera Asamblea Federal de rama congregó en la ciudad de Buenos Aires entre el 29 de agosto y el 3 de setiembre de 1933. Llegaron a la Capital Federal representantes de 16 consejos diocesanos y de más de 200 centros parroquiales. Caprile afirmó que el evento significó un “cambio de rumbo” en la vida del sector. Su testimonio adquirió un tono emotivo y gregario, usual en esos años de entusiasmo católico que alcanzaría el clímax con el Congreso Eucarístico Internacional del año siguiente:

No conocí días más felices que los vividos en el trajín de esas reuniones; todos trabajaban, se sentían miembros de un gran cuerpo y no querían entorpecer la marcha; por sus venas corría un nuevo fluido, algo no sentido ni vivido en el

<sup>14</sup> Raúl FONSECA. El movimiento aspirantes de la J.A.C. En: *BOACA*, N° 349-350, julio-agosto de 1951, pp. 136-141.

mundo sino solo palpable en el camino hacia Aquél que nos dio la vida”.<sup>15</sup>

Más formal e institucional fue la lectura de la asamblea provista por el *Boletín Oficial* de la ACA. Las conclusiones publicadas ponderaron una divergencia de la actividad de la rama con la fundación y fomento de clubes deportivos. En este sentido, reafirmaron el alcance *parroquial* del apostolado laical y el objetivo de construir élites dirigentes en el mediano plazo, evitando un crecimiento inorgánico y potencialmente incontrolable.<sup>16</sup>

Las divisorias ideológicas y políticas exacerbadas desde mediados de la década introdujeron problemas que no cesarían de aumentar en los decenios venideros, en un larvado y creciente enfrentamiento con los mayores. Las recientes desavenencias del Vaticano con los regímenes nacionalistas europeos fueron replicadas localmente, pero pronto las razones de una prevención de la dirigencia de la ACA contra la politización de la juventud se originaron en cambios internos. En mayo de 1935 Roma había proclamado la encíclica *Mit Brennender Sorge* en la que advertía contra algunas derivas antirreligiosas del nazismo. La creación en 1935 de la Unión Nacionalista de Estudiantes Secundarios puso en la palestra la atracción ejercida por el nacionalismo entre los jóvenes católicos (KLEIN, 2001; GUTMAN, 2003). Antonio Cafiero (1922-2014) recordó que para los adolescentes católicos de fines de los años treinta, el catolicismo y el nacionalismo, éste incluso con inflexiones fascistas, se entrelazaban en una compleja trama de gran atracción emocional (CAFIERO, 1983, pp. 11-13). Las convicciones juveniles de un coetáneo de Cafiero, Emilio Fermín Mignone (1922-1998), transitaron por caminos ideológicos similares, en una estrecha interrelación que jamás fue una amalgama, entre catolicismo y nacionalismo (DEL CARRIL, 2011, pp. 34-58). Como veremos pronto, ese mismo momento se constituyeron los primeros núcleos estudiantiles de la ACA, cuya relación con las asociaciones estudiantiles “adheridas” a la Asociación fue intrincada. Supervisada por la jerarquía eclesiástica, la dirigencia de la ACA publicó un texto en el que distinguió un nacionalismo negativo, destructivo, de otro positivo que descubría su síntesis en las ideas de Dios, Patria y Hogar. La cúpula laical reafirmó la prescindencia política de sus afiliados y especialmente de los jóvenes.<sup>17</sup>

La Federación pasó a denominarse en 1937 Asociación de Jóvenes de la ACA, informalmente más conocida como “la JAC”. Las publicaciones periódicas de la JAC estaban profundamente impregnadas por el debate político sobre el presente europeo, particularmente por la Guerra Civil Española, y los libros por ella editados también revelaban una aguda atención ideológica sobre los conflictos de la época.<sup>18</sup> Por esos años

<sup>15</sup> Alfredo CAPRILE. Fin de jornada. En: *Hernica*, N° 60, setiembre de 1933, p. 24.

<sup>16</sup> Conclusiones de la Primera Asamblea Federal de la Federación de la Juventud Católica. En: *BOACA*, N° 68, febrero de 1934, pp. 101-106.

<sup>17</sup> Nacionalismo y catolicismo. En: *BOACA*, N° 100, junio de 1935, pp. 356-364.

<sup>18</sup> MEINVIELLE (1937); FRANCESCHI (1940). También los jóvenes expresaron sus preferencias por el nacionalismo español. Por ejemplo, José M. CARIDE. Por la Iglesia y por España. En: *Sursum*, N° 88, febrero de 1937, p. 3.

la carta de César E. Pico a Jacques Maritain en la que defendió la colaboración con los movimientos fascistas en la lucha anticomunista circuló ampliamente entre una juventud que era su auténtico destinatario.<sup>19</sup> Por otra parte, las capas dirigentes de la ACA y la Jerarquía tendieron a argumentar reiteradamente sobre la prescindencia política de las diversas ramas laicales.

El modelo del joven viril y anticomunista que prevalecía en el imaginario del catolicismo argentino estaba en tensión con la sociabilidad de diversión y esparcimiento que la JAC compartía a pesar de las oposiciones del binarismo de género con su par femenino, la Asociación de las Jóvenes de la ACA (AJAC), aunque en esta rama el rasgo fuera más marcado. La divergencia con *las* jóvenes era en ese plano cualitativo pues su sociabilidad poseía rasgos asociados a una niñez tardía antes que a una juventud con rasgos propios (ACHA, 2011a). Las reuniones anuales de la JAC, las asambleas federales realizadas cada tres años, los campamentos periódicos, las actividades ocasionales, las reuniones parroquiales, fueron instancias de encuentro entre varones irreductibles al ideal claudeliano, y más raramente con las jóvenes, que estimularon la afiliación. La utilidad de la vida asociativa en la promoción de interacciones sociales no fue una dimensión exclusiva del catolicismo laical. También los activismos juveniles socialistas y comunistas, como pronto lo serían los peronistas, tenían en los encuentros juveniles un aliciente decisivo.

La persistencia del Ateneo de la Juventud fue quizá el signo más claro de la relevancia del esparcimiento y la sociabilidad juvenil en el activismo católico.<sup>20</sup> Durante los primeros años, la dirigencia de la ACA reprochó a la juventud su relajamiento activista durante el periodo estival. La inquietud se tornó más acuciante hacia fines de los años treinta, momento en que se evidenció el estancamiento de las afiliaciones. Con el correr del tiempo se asumió que se trataba de una limitación que era preciso incorporar antes que solo deplorar y se diseñaron actividades vacacionales consideradas apropiadas.<sup>21</sup>

El desajuste entre los modelos imaginarios y las prácticas reales de la juventud sugiere reflexionar sobre el carácter de lo juvenil en el periodo. La modulación de la composición de clase, género y creencias tanto religiosas como políticas, constituyó en el transcurso de la llamada “entreguerras” una primera formación de juventud masculina, ya no vista como un momento rápidamente superable de la vida. Las convicciones nacionalistas se entrelazaron con las católicas, en el seno de un asociacionismo profuso y complejo, para crear las condiciones de una ambigua pero reconocible sociabilidad juvenilista todavía crispada contra una celebración del disfrute y la despreocupación. El carácter restringido de las incorporaciones de afiliados, antes que anular la identificación juvenil, la estimuló al dotarla de una actitud defensiva sostenida en un acuerdo valorativo

<sup>19</sup> PICO (1937). El libro tuvo el *nihil obstat* del asesor Rodolfo Carboni.

<sup>20</sup> En agosto de 1931 la ACA destinó \$ 50.000 al Ateneo de la Juventud, como contribución a esa obra. *BOACA*, N° 8, setiembre de 1931, p. 259.

<sup>21</sup> El tema estaba presente desde el inicio: La Acción Católica y las vacaciones. En: *BOACA*, N° 41, enero de 1933. Desde 1939 los Aspirantes organizaron campamentos para la ocasión y en 1949 se crearon grupos para actividades estivales denominados GREST.

común. El tiempo libre provisto por la situación de clase alta y media que caracterizó a los jóvenes católicos, las reuniones de discusión, las conferencias, los desfiles y manifestaciones, estimularon la emergencia de una experiencia juvenil observable en las biografías de activistas católico-nacionalistas como Basilio Serrano y Norberto José Ariztegui.<sup>22</sup> Para ellos lo juvenil se entremezclaba con el afán crítico hacia las tentaciones de la época y la añoranza de una restauración social. Esgrimían el ir “contra la corriente” de la “gangrena” que corroía a “la juventud actual” como una señal de identidad.<sup>23</sup> En ese horizonte de creencias se exigía heroísmo y rebeldía para neutralizar el “cristianismo burgués y superficial de nuestra época”.<sup>24</sup>

La aceptación de una idea de la juventud como etapa duradera de la vida era embarazosa para una cosmovisión católica predominante especialmente en las viejas generaciones según la cual constituía apenas un pasaje hacia las auténticas responsabilidades vitales. La cúpula de la ACA entrados los años cuarenta ya había comprendido que había un obstáculo sistemático en el pasaje entre la JAC y la Asociación de Hombres, como entre la AJAC de los jóvenes y la AMAC de las mujeres adultas. El presidente de la ACA, Emilio F. Cárdenas, observó que ese obstáculo estaba fundado en que mientras la militancia juvenil era atractiva porque deparaba diversiones, las ramas mayores aparecían como demandantes de sacrificios de tiempo y esfuerzo. En consecuencia, afirmó que los jóvenes debían ser cristianos más convencidos y evadir las tentaciones y frivolidades de la vida moderna.<sup>25</sup>

Los esquemas intelectuales iniciales para decidir la estrategia del activismo juvenil continuaron vigentes a pesar de los inconvenientes vislumbrados. En la “sociología” católica la juventud era un tema ausente.<sup>26</sup> La representación de la juventud como impulsiva e imprudente, por lo tanto necesitada de educación cristiana, no se había modificado hacia 1943.<sup>27</sup> El modelo de “hombre” adulto operaba como brújula de la responsabilidad para los jóvenes, cuya experiencia transitoria debía ser adecuada a los ideales de madurez. El tópico era constante en las publicaciones juveniles. Y no solo constituía una noción externa a los propios jóvenes. Lo expresó el joven José Di Leo Peña en una conferencia ofrecida en 1944 en la parroquia porteña de Nicolás de Bari,

Mucha lástima me da ver a menudo muchachos jóvenes, más o menos de quince a veinticinco años, flor de juventud, sin saber a dónde van, sin asegurarse su propio porvenir. Verdaderamente es muy triste esto, pero sucede. El que así procede va mal, está equivocado.

<sup>22</sup> Datos biográficos en MALLIMACCI (1988).

<sup>23</sup> Contra la corriente. En: *Sursur*, N° 89, marzo de 1937, p. 4.

<sup>24</sup> R. C. Levantémonos. En: *Más Allá*, vol. 2, N° 12, mayo de 1937, p. 7. Esta revista fue publicada por el Centro de los jóvenes de la JAC de la parroquia de Nuestra Señora de Balvanera, ciudad de Buenos Aires.

<sup>25</sup> E. F. CÁRDENAS. ¿‘Pase’ o continuidad? En: *BOACA*, N° 255, julio de 1943, pp. 1-3.

<sup>26</sup> La referencia de la época es VALSECCHI (1939-1943).

<sup>27</sup> *Juventud de acción. Manual para los dirigentes de centros*. Buenos Aires, JAC, 1943, pp. 30-32.

¿Y por qué está mal?

Porque se trata del hombre y el hombre es un ser racional, no irracional. El hombre es un ser humano, dotado de inteligencia y no es normal que se entregue al abandono. (...) Nosotros nos sentimos fuertes, viriles, verdaderos hombres, nos sentimos lo que Dios ha querido que fuésemos: *hombres*. (DI LEO PEÑA, 1949, pp. 74, 78).

De alguna manera la juventud constituía una fase efímera, carente de un sentido autónomo. La distancia de tal concepción respecto de las actitudes juveniles se vinculó con otro desasosiego hacia el sector, aunque no era exclusivo de él. Es que hacia 1940 el ímpetu de la década que se acababa de cerrar dio paso a una preocupación generalizada por la perspectiva de un estancamiento. El sector juvenil masculino no fue ajeno a ese diagnóstico. Desde su experiencia más directa con el activismo parroquial, el asesor eclesiástico del centro juvenil de una parroquia de Buenos Aires señaló el problema de la “inconstancia” por el que, al margen de un núcleo disciplinado de jóvenes que cumplían con los deberes estatutarios, una mayoría entraba y salía del compromiso de estudio y activismo.<sup>28</sup>

Por supuesto que también se encuentran juicios más optimistas. Uno de los objetivos del sector había sido cumplido si acreditamos la afirmación del religioso Emilio Di Pasquo cuando sostuvo que 455 jóvenes afiliados a la JAC habían ingresado en los años recientes al clero regular y secular.<sup>29</sup> Pero la proyección de la propia ACA como un movimiento de masas que reconquistase la sociedad no daba señales de avances considerables.

Esto no significa que en materia organizativa el tema juvenil hubiera permanecido estancado. Antecedida por las Vanguardias Obreras Católicas próximas a los Círculos Católicos de Obreros, la Juventud Obrera Católica (JOC) surgió en 1940 como un intento de resolver la concentración de la ACA —de la que formalmente se distinguía pues era una entidad autónoma— en los sectores altos y medios.<sup>30</sup> La JOC provenía de una línea del catolicismo social fundada por Federico Grote, corriente que incidía en la ACA a través del Secretariado Económico-Social creado en 1934. El jocismo prometía construir desde las formaciones juveniles un nuevo activismo en la clase trabajadora. Sin embargo, esa clase continuó en la Argentina con su tradicional y ampliamente mayoritaria indiferencia hacia las invocaciones católicas. Hasta principios de los años cuarenta las ideologías de izquierda fueron demasiado vigorosas entre los núcleos obreros organizados, e imposibilitaron la emergencia de conducciones católicas, las que tuvieron que renunciar tanto a la competencia por la dirección de los sindicatos como a la formación de sindicatos paralelos. Después de 1943, el avance del naciente peronismo reafirmó por

<sup>28</sup> Francisco DE MADINA. La funesta inconstancia. En: *La Jota*, vol. 1, N° 9, agosto de 1943, p. 3.

<sup>29</sup> DI PASQUO. Nuestro clero y diez años de Acción Católica. En: *BOAC*, N° 228, abril de 1941, pp. 196-201.

<sup>30</sup> Sobre las Vanguardias: AUZA (1984b, pp. 102-107).

nuevas y complejas vías la misma marginación de un jocismo que persistió como fracción sin real importancia.<sup>31</sup> No obstante sus dificultades, el jocismo ensayó un apostolado que las ramas de la ACA persiguieron en la táctica del activismo extra parroquial (SEIJO, 2000, pp. 65-76).

La efervescencia suscitada por el golpe de Estado militar con tanto apoyo católico como el efectuado por el Grupo de Oficiales Unidos en junio de 1943 melló momentáneamente estas preocupaciones. Numerosos cargos gubernamentales, en todos los niveles, fueron cubiertos con católicos militantes (POTASH, 1984, pp. 322 y ss.; ZANATTA, 1999). El porvenir católico de las nuevas generaciones que desde 1944 serían educadas religiosamente en las escuelas prometía facilitar la tarea de reconquista cultural de la población. Por un momento las ansiedades laicales y eclesiásticas se tranquilizaron y avizoraron un futuro venturoso.<sup>32</sup>

### La JAC y en la Argentina peronista

La vertiente masculina de la juventud católica incrementó su activismo durante 1946, adoptando un discurso agresivo.<sup>33</sup> La Sexta Asamblea Federal de la rama realizada en Buenos Aires reunió, según datos de la propia ACA, a 40.000 jóvenes (aunque no todos fueron afiliados pues se convocó a una más amplia “Asamblea de la Juventud”). Con el inicio de la publicación de *Antorcha* en diciembre de ese año, comenzó una nueva etapa de esta agrupación que tendría un rol muy destacado en los años venideros.<sup>34</sup> La publicación quiso ser el medio de difusión de un nuevo impulso que prometía un salto cualitativo y cuantitativo bajo el amparo del peronismo. De acuerdo a datos aportados por sus editores, alcanzó una tirada de 45.000 ejemplares, en correspondencia con el número de afiliados reconocidos por la rama. El número parece exagerado para un activismo que rondaba la mitad de esa cifra.

Según muestra el Gráfico 2, las ramas de adultos permanecieron relativamente estables durante todo el primer peronismo. Fueron las franjas juveniles, y especialmente la masculina, las que mostraron una mayor sensibilidad a la nueva época. A pesar del ascenso inicial, hacia el final del periodo sufrieron una significativa merma en su afiliación. Es posible que la gradual y luego abrupta crisis con el peronismo afectara negativamente la fidelidad activista de los jóvenes.

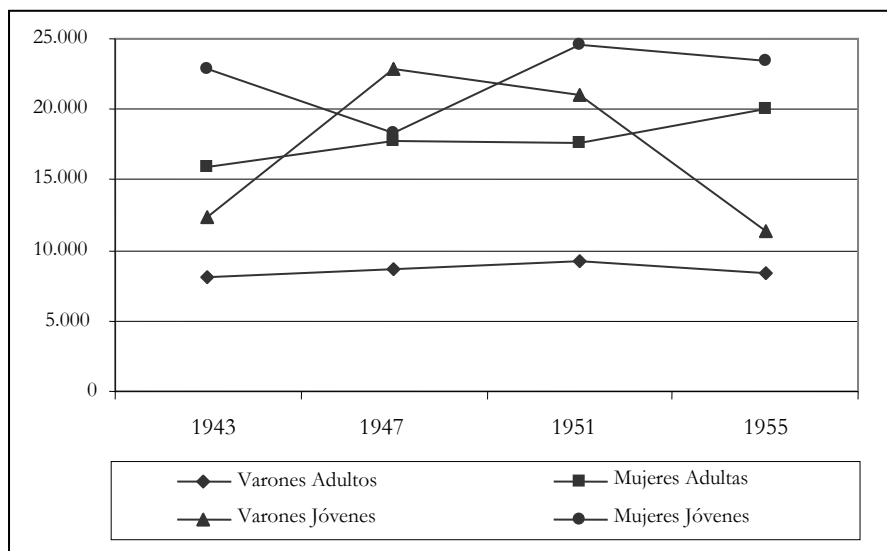
<sup>31</sup> Sobre la JOC, BLANCO (2008, pp. 242 y ss.).

<sup>32</sup> Notas enviadas por el Sr. Presidente... En: *BOACA*, N° 261, enero de 1944, pp. 10-11; ¡Viva Cristo en la escuela argentina! En: *Primeras Armas*, Año 9, N° 2, febrero de 1944, p. 1. Esta última revista era el órgano de la Asociación de Niños Católicos de la ACA.

<sup>33</sup> Por ejemplo, Pedro BARNECH. Unidos forjemos la patria futura. En: *Sursum*, N° 201, julio de 1946, p. 1.

<sup>34</sup> *Antorcha* aspiraba a ser una publicación más masiva y eficaz que *Sursum*. La asociación disponía además de *Servir*, que era la revista de los “jefes” de las células juveniles.

**Gráfico 2. Evolución de la afiliación a ramas y secciones de la ACA, 1943-1955**



Fuente: *Anuario Católico Argentino 1943*. Buenos Aires, ACA, 1944; *Anuario Católico Argentino 1947*. Buenos Aires, ACA, 1948; *BOACA*, N° 20 aniversario, abril de 1951; *Encuentro Nacional de Dirigentes de la Acción Católica*, citado; AJAC. Estudio estadístico sobre el crecimiento de la rama. En: *Acción Católica*, N° 391-392, noviembre-diciembre de 1956.

La susceptibilidad de los jóvenes hacia algunas de las novedades del cambio social y cultural inducido por el peronismo no estuvo en suspenso hasta el año 1954 en que el conflicto estalló. La juventud masculina de la ACA, con aceitados contactos con los profesionales católicos, fue la rama que más virulentamente reaccionó contra aspectos de las reformas peronistas a las que atribuyeron tempranamente un *laissez faire* respecto a la cuestión sexual. Pero en modo alguno dio lugar a una temprana oposición masiva, pues una diversidad de individuos de la JAC y de la JOC, sin resignar sus fidelidades católicas, participaron en las primeras fases organizativas de la Juventud Peronista. En eso seguían las directivas eclesíásticas de abstenerse de una crítica intransigente contra el gobierno. Todo cambió desde mediados de 1954, momento en que un sector importante de los jóvenes católicos abandonó el agrupamiento peronista (ACHA, 2011, cap. 3).

Una característica de los años treinta permaneció intacta: las autoridades de la JAC eran profesionales, y en su mayoría provenían de familias acomodadas como sucedía con las dirigencias de la ACA. Su objetivo era conformar con la clase media la ansiada



mayoría comprometida en la conquista de la sociedad.<sup>35</sup> La división de tareas con la JOC desligó a la JAC de desafíos activistas entre la clase trabajadora.

El seguimiento de sus órganos principales, *Antorcha* y *Servir*, revela una impaciencia activista más pronunciada que la apreciable en otros sectores de la ACA. La energía beligerante de la JAC tuvo en los temas de la sexualidad y la moral familiar un núcleo propagandístico, quizá acentuado por la constancia al respecto de su principal dirigente hasta 1946, Manuel N. J. Bello. Este médico publicó en 1953 el libro *Función sexual* en continuidad con una persistente preocupación al respecto por parte de los profesionales católicos.<sup>36</sup> Bello reclamó el relanzamiento de la “penetración” en la sociedad, esto es, el abandono de la conformista reclusión parroquial. El dirigente expresó un malestar que no era nuevo, pero que ante las perspectivas abiertas por el todavía indefinido peronismo se tornaba más evidente:

La juventud de Acción Católica olvida a veces la palabra Acción y se deja estar un poco. Cómodamente instalada a la sombra del campanario, olvidando que su campo de acción está, no en la amable plática de una reunión semanal, sino fuera de la verja del atrio parroquial, en su trabajo, en su oficina, en su núcleo juvenil de todos los días.<sup>37</sup>

Una figura esencial de la JAC en el lapso 1945-1955 fue su asesor Manuel Moledo. Este sacerdote tuvo una larga actuación en la Parroquia de la Resurrección del Señor, situaba en el barrio porteño de Chacarita. Moledo era el enunciador intelectual más importante en temas de familia y sexualidad en la ACA. Sus conferencias, artículos y folletos eran considerados ejemplos de doctrina. La actividad del sacerdote fue muy intensa, pues asesoró también a las asociaciones de padres y madres del laicado (DE IMAZ, 1987).

Con el acceso del peronismo al poder se creyó que la sensibilidad propiamente juvenil todavía limitada a los centros parroquiales y estudiantiles alcanzaría una dimensión propiamente nacional. Sin embargo, los observadores más lúcidos detectaron que había restricciones internas. Aunque años antes el clérigo Gustavo Franceschi había afirmado que los jóvenes de la JAC no gustaban ostentar rasgos de *pituería*, es decir, conductas de *niños bien*, las representaciones sociales al respecto parecían ser otras.<sup>38</sup> En uno de sus últimos escritos como miembro de la asociación, Bello estipuló que el joven de la JAC

<sup>35</sup> J. Roberto BONAMINO. La organización de la clase media. En: *Concordia*, N° 198, junio de 1949, pp. 10-12.

<sup>36</sup> Manuel N. J. Bello (1917-2002) se especializó como médico en las afecciones del recto. Bello ingresó a la JAC en 1934. Entonces actuaba en los centros parroquiales de Balvanera y de la Piedad. En 1937 accedió al Consejo Superior de la JAC, y fue delegado superior de Aspirantes hasta julio de 1941. Fue presidente del Consejo Superior entre 1941 y 1946. Dirigió el *Boletín del Dirigente y Servir*. Luego de su casamiento en 1946 pasó a militar en la Asociación de Hombres de la ACA (AHAC), donde fue el director de la línea del apostolado en la familia. Presidió la ACA entre 1958 y 1967.

<sup>37</sup> BELLO. Para la J. A. C. queda abierta la nueva ruta de afirmación. En: *Sursum*, N° 202, agosto de 1946, p. 3.

<sup>38</sup> FRANCESCHI, Nuestra juventud. En: *Criterio*, N° 767, 12 de noviembre de 1942, pp. 245-248.

*debía* ser “un verdadero hombre”, al que sus compañeros de ambiente de trabajo o estudio consideraran como tal, y no “uno de esos apocados, de esos añiados que no valen nada”.<sup>39</sup> *Debía* ser un buen amigo y un compañero. Lo importante para retener aquí es que en los alrededores de 1945 ya estaba planteada la cuestión de la identidad, subjetividad y hábitos juveniles, tanto de los católicos como de la población joven a la que debía atraerse. Surgía entonces la reivindicación de una voz propiamente juvenil. Así fue que el centro de la JAC de la parroquia de Nuestra Señora del Carmen, de la localidad bonaerense de Zárate, proclamó a su revista *Nosotros* como un órgano para jóvenes “porque está hecha, pensada y dirigida por jóvenes”.<sup>40</sup>

El laicado católico juvenil intentó neutralizar los estereotipos que se le dirigían desde diversos cuarteles ideológicos: excesiva seriedad, intransigencia moralista, mansedumbre y pusilanimidad. Los reproches de “pacatería” y “moralismo” exigieron una dialéctica menos sencilla dada la consolidada prédica restauracionista. Los dirigentes del sector buscaron superar la endogamia discursiva y ritualizada. Afirmaron que las reuniones de los centros de la JAC “deben ser el foco de las inquietudes y los problemas que la juventud vive en la calle, y no el repetir una cantidad de fórmulas fosilizadas a las que el socio no ve ninguna utilidad”.<sup>41</sup> Para lograrlo aconsejaron realizar actividades próximas a los hábitos juveniles más extendidos:

organizar los equipos sobre una base de socios decididos y responsables; y los servicios encauzarlos hacia actividades que sientan y atraigan a la muchachada: nos referimos al deporte, al folklore, al esparcimiento sano y alegre. Un local modesto en que se toque la guitarra y se juegue al truco; un equipo de foot-ball o de basket; una ‘peña’ literaria o de problemas de actualidad; un campamento en el verano (...).<sup>42</sup>

En el afán de incrementar el interés de los jóvenes no dudaron en observar las técnicas empleadas por la Federación Juvenil Comunista, que no exigía un compromiso ideológico inicial sino que aprovechaba las inclinaciones más espontáneas (por ejemplo, si jóvenes se reunían para fundar un club de fútbol antes que una biblioteca) para facilitar una posterior captación orgánica.<sup>43</sup>

<sup>39</sup> BELLO. El joven J. A. C. en su ambiente. En: *Sursum*, N° 201, julio de 1946, p. 4.

<sup>40</sup> Presentación. En: *Nosotros*, vol. 1, N° 1, 23 de abril de 1950, p. 3. *Nosotros*, desde luego, contaba con la venia del asesor eclesiástico.

<sup>41</sup> Las líneas generales. En: *Servir. Órgano de los Jefes de la J.A.C.*, vol. 1, N° 1-2, marzo-abril de 1947, pp. 2. “Porque no es el caso de aburguesar a la JAC —expresaban en el mismo texto—, cuando proclamamos el sentido de milicia contra este maldito aburguesamiento que el siglo liberal y laico nos ha legado”.

<sup>42</sup> Las líneas generales, p. 3.

<sup>43</sup> Documentos. Clubes de la Juventud Comunista. En: *Servir*, N° 19, setiembre de 1948, pp. 11-12. De todos modos, el catolicismo tenía sus propias experiencias en la organización de campeonatos de fútbol por parte de la JOC, de la Vanguardia Obrera Católica y su Ateneo donde se desarrollaban actividades deportivas.

La JAC no se sometió dócilmente a las circunstancias de la época. No cejó en la hostilidad que los asesores avivaron hacia aquellos aspectos de la realidad juzgados intolerables. Las manifestaciones contrarias al espiritismo iniciadas en 1950, por ejemplo, no cesaron hasta después de la caída del peronismo. Con el lema *Jesús es Dios* se movilizaron además de la JAC, jocistas, congregantes marianos, vanguardistas y vicentinos. Un año después recordaron así ese momento de renacimiento juvenil como prueba de coraje y conquista de toda la ciudad ante la “horrible blasfemia”.<sup>44</sup>

Las acciones directas por parte de la Junta Juvenil de las Buenas Costumbres en el teatro Eden Park de Rosario y las emprendidas contra la exhibición de la película *Bárbara Atómica*, ambas en 1952, advirtieron que el lenguaje perentorio de la juventud católica no quedaría en el papel:

Las directivas están dadas. Sólo cabe cumplirlas: tendrán que desaparecer libros y revistas pornográficos; no se deberán exhibir películas que atenten contra nuestra tradición católica; las playas y lugares de veraneo no serán motivo de exhibiciones indecorosas sino lugares de descanso puro y saludable; no se permitirá que se turbe la unidad familiar en ninguna forma, luchándose por lo tanto contra los que hacen un negocio de los divorcios y publican avisos para ofrecerse a gestionarlos.<sup>45</sup>

El activismo juvenil no lograba ocultar, sin embargo, los impedimentos que afligían al discurso católico para penetrar en la sensibilidad social de los jóvenes. Los relatos elaborados por José Florencio Arnaudo para *Antorcha* manifestaron la desazón producida por las dificultades para horadar una mentalidad “moderna” que avanzaba sin detenerse en los reparos católicos. El militante católico, situado en su posición masculina, expresó sus desasosiegos bajo la forma de discusiones con mujeres. La elección no era ingenua: las conductas femeninas representaban para el catolicismo la temperatura moral de la sociedad.<sup>46</sup> Arnaudo intentó justificar sus reproches religiosos ante interlocutoras que no solamente eran impermeables a sus afirmaciones, sino que incluso les denegaban toda pertinencia.

Arnaudo narró un incidente sucedido en un viaje en tren hacia Rosario, ocasión en que ocupó una butaca al lado de una mujer “joven y agradable”. Tras el inicio de la conversación por él suscitada, Arnaudo se identificó como cristiano. La joven respondió que seguramente sería de la Acción Católica y puritano. Entonces se desencadenó una

<sup>44</sup> Testimonio. En: *Antorcha*, N° 58, octubre de 1951, p. 3.

<sup>45</sup> Está en peligro la juventud futura. En: *Antorcha*, N° 62, febrero-marzo de 1952, p. 6.

<sup>46</sup> Signo de la centralidad que poseía la mujer como símbolo de la época es que la única contrariedad que se acusara en la prensa de la ACA en los años peronistas concerniera, justamente, a las reacciones en torno a un artículo de Jorge CASTAGNET. La mujer y el derrumbe moral. En: *Antorcha*, N° 69, enero-febrero de 1953, pp. 4-5.

discusión sobre la censura apostólica de las costumbres y del disfrute de diversiones. Para la joven, el esparcimiento y el deleite no eran reprochables. “Si se fuera a seguir estrictamente la religión”, agregó, “no se podría ni ir al cine, ni bailar, ni leer novelas, ni usar vestidos a la moda”.<sup>47</sup> El militante católico replicó que eso no era cierto, pues él iba al cine y si no bailaba se debía a que era un *patadura* que no deseaba dejar inválida a una chica por un pisotón. Finalmente debieron cambiar de tema de conversación para no fastidiarse. “Preciso es admitir –confesaba Arnaudo– que era excesiva ingenuidad de mi parte pretender deshacer en un diálogo de diez minutos lo que la educación liberal había impreso a través de los años. No obstante me dolía mi fracaso”.<sup>48</sup>

En otro texto, Arnaudo se representó en una reunión social en que conoció a Haydée, una joven morocha “no muy bonita pero simpatiquísima”. Como en el relato precedente, el joven de la ACA se imaginó a sí mismo viril y conquistador. El ambiente se caldeó cuando empezó una discusión con la muchacha sobre el consumo de tabaco por parte de las mujeres. Él arguyó que en la Argentina el fumar era una costumbre masculina y, afirmó: “francamente, no me gustan las mujeres que adoptan costumbres masculinas... aunque elijan las más correctas...”.<sup>49</sup> Haydée no se conmovió por el razonamiento de Arnaudo que le parecía una opinión meramente personal. Arnaudo finalizó su argumentación afirmando que fumar implicaba exhibicionismo e imitación, es decir, “feminismo”. Luego llegó un mozo a la mesa, que hizo apagar el cigarrillo a Haydée, “cosa que mi dialéctica –concluyó el militante de la JAC– no hubiera logrado jamás”.<sup>50</sup>

Estos diálogos imaginarios representaron desacuerdos que conflictuaban la ubicación epocal de los jóvenes católicos, y sobre todo el malestar que los invadía al comprobar que sus susceptibilidades eran consideradas sólo parciales y en muchos casos exageradas. Existía una brecha entre la dinámica de los hábitos vinculados a los géneros y a la sexualidad que predominaban en la Argentina de postguerra, y un discurso católico que no alcanzaba a conmoverlos. El desfase ya no podía ser neutralizado en la figura de una resistencia contra una verdad. Comenzaba a ser visualizado como una exigencia de mayor flexibilidad y menor intransigencia.<sup>51</sup>

La confluencia de la distancia cultural con las preferencias juveniles mayoritarias y la osificación del militantismo parroquial desembocaron en un sentimiento de esterilidad cada vez menos reprimible. Y lo más significativo era que el desacople con la experiencia cotidiana y persona comenzaba a mellar la vida asociativa. Los recuerdos del joven de la JAC Albino Gómez deploran la “rutina espantosa” y las horas perdidas en reuniones inútiles, sin ideas ni perspectivas, en las que persistían los mediocres. Por otra parte, la insistencia en lo que calificó como la “hipocresía” de la conveniencia de la castidad, era

<sup>47</sup> ARNAUDO. Puritanismo y moral. En: *Antorcha*, N° 60, diciembre de 1951, p. 3.

<sup>48</sup> Puritanismo, p. 3.

<sup>49</sup> ARNAUDO. Femenidad y cigarrillos. En: *Antorcha*, N° 66, setiembre-octubre de 1952, p. 2.

<sup>50</sup> Femenidad y cigarrillos, p. 3.

<sup>51</sup> Ver la advertencia de las Mujeres Católicas respecto de reacciones intempestivas contra rasgos intrascendentes de los hábitos de la época: Escandalizarse sin motivo. En: *Anhelos*, N° 2-3, enero-febrero de 1949, pp. 9-11.

cada vez menos tolerable para jóvenes que tenían otro tipo de deseos (GOMEZ, 1995, p. 198).

Los jóvenes católicos no podían denegar completamente una sensación compartida sobre un problema acallado: ¿la ACA había fracasado en su meta de conquistar la sociedad? El militante juvenil Emilio F. Mignone, director de *Antorcha*, afirmó que era absurdo hablar de decepción o derrota pues veinte años eran insuficientes para recristianizar una sociedad sometida durante tantas décadas al laicismo.<sup>52</sup> Como fuera, todavía persistía entre las ideas de lo juvenil en la ACA una esperanza de revitalización por el aporte de la “sangre nueva”. Es lo que afirmaban los Hombres al destacar que en las reuniones del centro parroquial los varones adultos se reunían sin realmente militar, intercambiaban algunas frases formales, irrelevantes, sin herir a nadie ni plantear temas importantes.<sup>53</sup>

Estas preocupaciones serían arrasadas durante el agudo enfrentamiento que se entabló entre peronismo y catolicismo desde mediados de 1954. Para comprender ese proceso y sus derivaciones de mediana duración es preciso detenernos brevemente en la organización de los estudiantes dentro de la JAC. De sus filas saldrán los activistas y profesionales de actuación fundamental en el referido conflicto. Fueron ellos los principales agentes de la conspiración antiperonista en los recuerdos de Florencio Arnaudo en su crónica intitulada *El año en que quemaron las iglesias* (ARNAUDO, 1995 [1956]).

### Los jóvenes católicos y los estudiantes

La condición estudiantil, tanto en el nivel secundario como en el terciario y universitario nutrió un contingente crucial del activismo juvenil de la ACA. Las asociaciones de alumnos y ex alumnos, generalmente de textura masculina, se habían desarrollado desde principios del siglo al calor del aumento de la matrícula escolar. Cuando a mediados de los años treinta el benedictino Julián Alameda preparó una abarcativa obra sobre la “Argentina católica”, su presentación de los colegios confesionales se detuvo en la mención de una importante actividad de alumnos y ex alumnos de las instituciones religiosas (ALAMEDA, 1935, pp. 427-457). Sobre esa base de experiencias se organizaron los centros y círculos juveniles de la ACA. El *Boletín Oficial* se congratulaba hacia 1934 por la gestión católica de 530 establecimientos educacionales con más de 106.885 alumnos y 4.747 profesores.<sup>54</sup>

El 5 de junio de 1935 se aprobó el reglamento de la Federación de los Centros de Estudiantes Secundarios de la ACA. La Federación de secundarios fue una “rama autónoma” dentro de la JAC. Los avances organizativos fueron lentos, aunque en la ciudad de Buenos Aires y en la de Córdoba el proceso de institucionalización se aceleró.

<sup>52</sup> MIGNONE. Si es o no legítimo hablar del fracaso de la Acción Católica. En: *Revista de Teología*, vol. 1, N° 2, 1951.

<sup>53</sup> Sangre nueva. En: *Concordia*, N° 208, abril de 1950, pp. 11-12; La asamblea en el café. En: *Concordia*, N° 211, julio de 1950, p. 13.

<sup>54</sup> *BOACA*, N° 82, octubre de 1934, p. 617.

En el ámbito porteño la revista *Juventud Nueva* brindó un órgano de comunicación local. Recién en 1944 se pudo organizar el Consejo Central nacional y dos años más tarde se constituyó el Consejo Arquidiocesano de Buenos Aires. Los contactos y la colaboración con las Congregaciones Marianas y las Conferencias Vicentinas estudiantiles fueron insuficientes para la fragua de un importante movimiento laical. La política nacional estimuló en los años cincuenta el compromiso organizativo católico entre los estudiantes secundarios. Fueron los tiempos del conflicto con el peronismo y a favor de la universidad “libre”. En ambos casos confluyó con el activismo universitario.

La importante Conferencia Episcopal realizada en Buenos Aires entre el 20 y el 23 de junio de 1933 decidió, entre otras resoluciones, la constitución de “Centros Interparroquiales de Universitarios Católicos”. Cuando catorce meses más tarde se realizó el censo de profesiones de la ACA, el resultado reveló que el número de los universitarios católicos de la arquidiócesis de Buenos Aires alcanzaba a escasos 100 estudiantes, y la de Rosario a 23. Las facultades de derecho y ciencias económicas fueron por entonces las más susceptibles a la organización católica.<sup>55</sup> El 8 de mayo de 1935 se creó el Consejo Central de la Federación de Centros Universitarios de la ACA.

Respecto de la composición según sexos, si bien formalmente el sector incluía a varones y mujeres, aquellos fueron más numerosos y monopolizaron la palabra hasta principios de la década de 1950. En 1937 se constituyó el Consejo Central de los Universitarios, en cuya Junta Promotora se destacó Héctor Ignacio González. Cuando se reunió en Tucumán la Segunda Asamblea de Universitarios de la ACA, a mediados de 1940, la prosa del *Boletín Oficial* subrayó la emergencia de una “nueva generación universitaria” católica.<sup>56</sup>

El inicio del decenio peronista halló a los estudiantes católicos organizados dentro de la JAC a través de sendos Consejos Universitario y Secundario. El núcleo universitario, presidido por José Blanco Villaverde, contó con la asesoría del sacerdote Ramón Novoa.<sup>57</sup> El consejo de Secundarios fue presidido por un joven de la JAC, el doctor Guillermo Laffaille, y estuvo asesorado por el presbítero Vicente Garone. Su publicación representativa fue *Fragua*.<sup>58</sup>

La performance organizativa de los universitarios católicos estuvo subordinada a la confluencia con los esfuerzos peronistas para crear núcleos estudiantiles afines al gobierno. El proyecto de la Confederación General Universitaria fue un fracaso para el peronismo, y constituyó una incógnita para el catolicismo que se veía anulado por el corporativismo de Perón.<sup>59</sup> Como sucedió con el sindicalismo obrero, el universitario del peronismo se reveló incompatible con las aspiraciones católicas a disponer de sus propias

<sup>55</sup> BOACA, N° 82, octubre de 1934, p. 587.

<sup>56</sup> BOACA, N° 222, octubre de 1940, p. 246.

<sup>57</sup> Otros activistas destacados fueron Carlos Alberto Rezzónico, Juan Vidal Roselló y Félix María Avendaño.

<sup>58</sup> Podemos mencionar otros integrantes del Consejo como Ludovico Ivanishevich, Néstor Sanz, Federico Scharn y Alberto Farradas.

<sup>59</sup> Ver, por ejemplo, *Actitud. Periódico de la Juventud Argentina*, vol. 1, N° 6, julio de 1954.

organizaciones.<sup>60</sup> Recién con la aparición del Humanismo durante el bienio 1954-1955, el catolicismo tuvo relevancia entre el estudiantado universitario. Entre sus activistas se destacó el estudiante de Ingeniería y miembro de la JAC Ludovico Ivanishevich (ALMARAZ, CORCHON y ZEMBORAIN, 2001, p. 113).

El emprendimiento más exitoso durante el peronismo fue el relacionado con los “ateneos universitarios” católicos, ligados a la diversión deportiva y cultural. Los ateneos aspiraron a reunir estudiantes contrarios a las líneas dominantes en el alumnado, consideradas de izquierda, sin requerir una definida orientación católica. Sus tareas recreativas y gremiales fueron compatibles con la aceptación de una sociabilidad de varones y mujeres. De alguna manera, aunque permaneciera implícito, los ateneos reconocieron algo impronunciable para otros espacios del asociacionismo católico juvenil: la atracción del mismo residía en la posibilidad del disfrute entre los sexos. Un redactor del *Boletín Oficial* señaló que no se debía “desestimar” la “valiosa circunstancia” de que se constituyeran parejas con cierto grado de madurez, formalizados como “ejemplares noviazgos”. Acaso no fuera inocuo que se destacara de los ateneos la elección de sus propias autoridades, práctica destinada a preservar el interés de sus concurrentes.<sup>61</sup> La conclusión de esta última indicación permanecía omitida: la ausencia de participación en la determinación de las dirigencias entre la juventud católica contribuía a la marcada indiferencia en la suerte de las organizaciones.

Como hemos dicho, los estudiantes universitarios y los profesionales fueron los dos sectores de la ACA más activos durante el primer peronismo. En buena medida constituyeron una misma fracción social desplegada, pues éstos derivaban de aquellos, del mismo modo que al menos en parte los universitarios continuaban a los secundarios. Se comprende entonces por qué la fundación de la llamada “quinta rama” de la ACA, decidida en la Asamblea Nacional realizada en Buenos Aires, del 17 al 20 de abril de 1952, la misma contara con secciones de estudiantes secundarios, universitarios, y profesionales. Presidida por Oscar A. Itoiz, la nueva entidad fue asesorada por Ramón Novoa.

De esta nueva rama y sus antecedentes surgieron actores en diferentes aspectos de la crisis con el peronismo. Fueron los estudiantes secundarios y universitarios los que hostigaron a *Bárbara Atómica* y al espiritismo; fueron los médicos y abogados católicos quienes mayor presencia pública ejercieron para criticar las reformas legislativas de esos años en relación con los hijos ilegítimos, la prostitución legal y el divorcio. Fueron todos ellos, ligados al pasado reciente o al presente de la JAC, quienes participaron en las procesiones opositoras, hicieron pintadas hostiles al gobierno, distribuyeron rumores y panfletos, y quienes contribuyeron a la formación de los “comandos civiles” de 1955.<sup>62</sup>

Las contrariedades del juvenilismo católico del periodo permiten reconocer un perfil en la construcción de sujeto juvenil. La biografía ideológica de José Luis de Imaz

<sup>60</sup> Ángel B. A. SANTIAGO. La agremiación universitaria y el derecho natural. En: *Cénit. Periódico Universitario*, N° 90, mayo de 1951, pp. 3-4.

<sup>61</sup> Raúl Horacio VIÑAS. Ateneos universitarios. En: *BOACA*, N° 349-350, julio-agosto de 1951, pp. 387.

<sup>62</sup> Ver LAFIANDRA (1955). Sobre la presencia de críticas respecto de las novedades en torno al divorcio, la prostitución legalizada y el cese de la enseñanza religiosa, *Sursum*, N° 217, diciembre de 1954-enero de 1955.



(1929-2008) expresa con claridad las confluencias en la experiencia juvenil del activismo laical y el nacionalista, el pasaje por el peronismo, la oposición al mismo y el devenir profesional. En sus recuerdos, de Imaz explicó la relevancia formativa de la JAC, donde militó entre los estudiantes secundarios, como también entre los universitarios y los profesionales. Pero no olvidó consignar el impacto subjetivo del nacionalismo de Juan Queraltó y la Alianza Libertadora Nacionalista.<sup>63</sup> Lo destacable es cómo su juventud fue matizada por el activismo de ambas corrientes ideológicas y asociativas. No es menos característico de las memorias de Imaz su exterioridad respecto de las vivencias de los jóvenes católicos nacidos hacia 1940, menos tolerantes del conservadurismo político-cultural y organizativo de la ACA (DE IMAZ, 1977). Lo que se transformó en una exigencia cada vez más apremiante fue la salida del ámbito endogámico de los centros parroquiales y los espacios de sociabilidad de clase: colegios, campamentos, asambleas federales, ateneos, clubes y otras diversas instancias organizativas de la JAC.

Después de la caída del peronismo la coyuntural unidad en la quinta rama se disgregó, aunque formalmente permaneciera indemne. Entre 1956 y 1958 se constituyeron la Juventud Universitaria Católica (JUC) y la Juventud Estudiantil Católica de estudiantes secundarios (JEC). Los asesores respectivos de ambas agrupaciones fueron Novoa, signo de una continuidad con el periodo peronista, y Vicente Faustino Zazpe. Éste, que había pasado en su primera juventud por la JAC y se había formado bajo el padrazgo de Rodolfo Carboni, era un índice de renovación. Del 15 al 17 de agosto de 1958 se realizó en Rosario la Primera Asamblea Federal de la agrupación de estudiantes secundarios, presidida por Roberto L. Mori. Por entonces solo había consejos de la JEC en las diócesis de Buenos Aires, Rosario, La Plata y Morón. Su presidente fue Eneas L. Pampliega.<sup>64</sup>

Mientras la creación de la Universidad Católica Argentina en 1958 condujo a que la fuerza estudiantil universitaria se trasladara a las nuevas instituciones recientemente fundadas, y en cierto modo circulara en ámbitos relativamente controlados (esto cambiaría, no por azar, a fines de los sesenta), la JEC siguió activa durante la década de 1960 y dio paso a procesos de escisión (ZANATTA y DISTEFANO, 2000, pp. 490 y ss.).

## **Entre la Revolución Libertadora y la crisis de la JAC**

Durante los dos meses del gobierno del General Eduardo Lonardi, entre setiembre y noviembre de 1955, la posición de los católicos, y entre ellos de los jóvenes que creían disponer de un capital político significativo acumulando en su activismo reciente, se modificó dramáticamente. Católicos nacionalistas como el propio Lonardi y ministros como Luis Benito Cerruti Costa y Mario Amadeo auguraban un renacimiento del cristianismo en la política nacional (MELON PIRRO, 2009).

<sup>63</sup> BUCHRUCKER (1987). Sobre las organizaciones nacionalistas y juveniles de la derecha, ver PIÑEIRO (1997).

<sup>64</sup> Otros militantes fueron Alberto Mazza, Horacio Mogroni, Carlos Ferretto, Gerardo Basualdo Moine, Héctor Bujía, Eduardo Cól Pinto, Roberto de Brito, Eduardo Estévez, Ricardo Hernández, y Jorge Rodríguez Goñi.

El número de *Antorcha* posterior al golpe de setiembre expresó la extensión política de sus miras al titularse como “Periódico juvenil de interés general”. El sector de la JAC de *Antorcha* aspiraba a tallar en la política, a ir más allá de las incumbencias corporativas y civilistas de los estatutos de la ACA.<sup>65</sup> Por lo que se ha visto respecto del cuarto de siglo anterior de su existencia, esa actitud suponía una formidable mutación ideológica. Adoptó una posición no antidemocrática aunque previno contra la “nivelación” peronista. También se distanció de la “decrépita mentalidad liberal”. Respecto a la clase obrera proclamó apoyar una política “con auténtica inquietud por los problemas de la clase trabajadora”, rechazando el “paternalismo” y la “demagogia”.<sup>66</sup>

Ese mismo número de *Antorcha* se difundió un texto atento a los recientes cambios que acompañaron al golpe interno promovido por el General Pedro E. Aramburu. La novedad, se dijo, implicaba llanamente un avance de los sectores liberales y de “izquierda” (para el catolicismo nacionalista la “izquierda” comprendía también al radicalismo). Contra esa compañía desagradable, la JAC reivindicó los derechos conquistados en su lucha católica y juvenil en momentos en que ningún partido podía oponerse exitosamente al peronismo: “Recordemos que esta guerra sólo pudo haberse ganado por un movimiento espiritual que ninguna agrupación política supo crear porque contra ellas estaba todo un pasado turbio”.<sup>67</sup>

Fue ante la demanda de una mayor independencia política y organizativa (que es preciso no confundir con una proclamación de autonomía basista, pues la supeditación jerárquica estaba fuera de debate), y no ya contra el conservadurismo práctico de las cúpulas dirigentes que vimos en el testimonio de Albino Gómez, que las autoridades de la ACA admitieron modificaciones muy modestas en el funcionamiento de la rama (LIDA, 2015, p. 199). Sin embargo, de esa situación no debería inferirse que el vigor juvenil fuera reprimido por las élites adultas de la Asociación. Fue cada vez más claro que la organización juvenil no estaba preparada para asumir los desafíos de una expansión de su militancia. El combate contra el Estado peronista se había dado en circunstancias muy especiales. La nitidez del enemigo y la confluencia con otros sectores había facilitado el compromiso activista de los jóvenes. Cuando el peronismo se derrumbó y el frente antiperonista se fracturó según intereses divergentes, la Juventud Católica se encontró repentinamente ante la evidencia de que su organización era minoritaria, estaba desarticulada y no daba signos de un incremento cuantitativo. Sobre todo, carecía de una orientación política sólida, lo que no es sorprendente porque definirla nunca había sido parte de su cultura asociativa. Tampoco su vigor organizativo era adecuado. Luego de la asamblea general realizada en setiembre de 1955, en *Sursum* se extrajo la siguiente conclusión: “Desgraciadamente no podemos decir que la Asociación responda, ni siquiera de una manera satisfactoria, a la gravedad del momento”.<sup>68</sup> El problema no consistía en

<sup>65</sup> Un año más tarde la cúpula de la JAC, orientada por Juan Vázquez, se diferenciaría del militantismo de *Antorcha*. Ver Respondiendo a... En: *Sursum*, N° 220, diciembre de 1956-marzo de 1957, pp. 11-12.

<sup>66</sup> Declaración. En: *Antorcha*, N° 159, diciembre de 1955, p. 8.

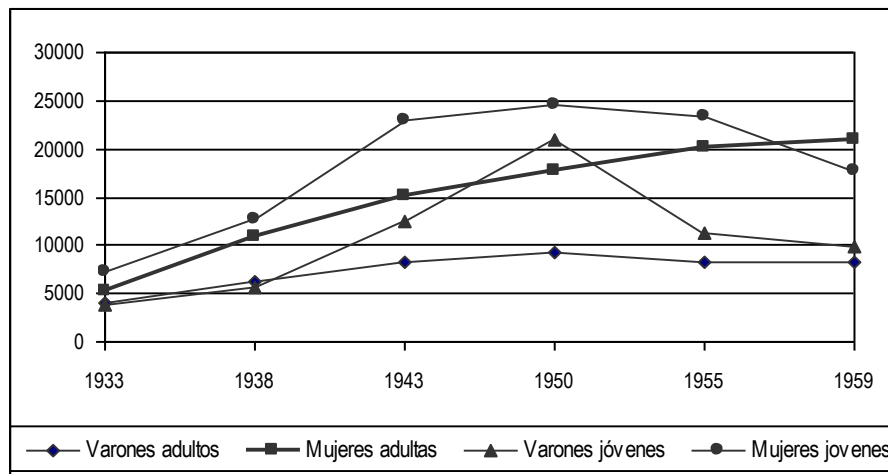
<sup>67</sup> ¿Ha cambiado el signo de la Revolución Libertadora? En: *Antorcha*, N° 159, diciembre de 1955, p. 1.

<sup>68</sup> IX Asamblea: Asamblea del silencio. En: *Sursum*, N° 218, octubre-noviembre de 1955.

las defecciones. Por el contrario, los asociados continuaban formalmente activos. Pero no podía llamárselos “militantes”. Eran verdaderos “pesos muertos” portando los distintivos y carnets de la JAC, sin que ello implicara entusiasmo alguno y, en muchos casos, siquiera el pago regular de las cuotas. Era necesaria una “limpieza” de los “miembros con arterioesclerosis” que minaban al conjunto. Los números de la evolución de la afiliación de la JAC muestran que, lejos de aumentar, los años que siguieron a la caída de Perón, fueron de estancamiento. Incluso los tiempos de movilización de 1957 y 1958 en torno a la disputa entre la educación “laica” y la “libre” no consiguieron que se incrementara la afiliación (MANZANO, 2009). Visto de conjunto comparativamente y en la mediana duración, la ACA había llegado a una fase de estabilización de su base societaria hacia mediados de la década de 1950.

El fenómeno juvenil de la ACA más novedoso después de 1955 fue la prolongación en el activismo rural. Iniciado en 1948, dio lugar una década más tarde a la constitución del Movimiento Rural con una amplia participación juvenil (FERRARA, 2007, pp. 23-25).

**Gráfico 3. Evolución del número de socios/as por rama de la Acción Católica, 1933-1959**



Fuente: elaboración propia a partir de *BO.ACA*, N° 20 aniversario (abril de 1951); *Acción Católica*, N° 395, mayo de 1957; JAC. Estudio estadístico sobre el crecimiento de la rama. En: *Acción Católica*, N° 391-392, noviembre-diciembre de 1956; *Encuentro Nacional de Dirigentes de la Acción Católica*. Buenos Aires, ACA, 1959.

Los años sesenta testimoniaron una deriva vertiginosa hacia una crisis de la atracción juvenil en el catolicismo. La imagen de un tránsito difícil entre la JAC y la rama de varones adultos ya no podía ser representada con la condescendencia que Cárdenas la había retratado en 1943. La experiencia juvenil en el ámbito social se consolidaba no solo como una fase singular sino también, a pesar de sus dilemas, como tal vez la más disfrutable de la vida. Desde luego, esas convicciones en ese nivel de representaciones imaginarias, excedían largamente a los sectores medios de los que continuaba alimentándose el laicado católico. Ya en 1957 la noción de los adultos como “momias de museo” era corriente.<sup>69</sup>

Las decepciones políticas locales, la Revolución Cubana y el espíritu renovador del Concilio Vaticano II fracturaron los esquemas que hasta entonces habían sobrevivido desde los años cuarenta (HABEGGER, MAYOL y ARMADA, 1970). Como ocurrió en otras fracciones juveniles, la emergencia de una sensibilidad ya definitivamente fracturada de las ideologías de entreguerras habilitó tránsitos hacia la izquierda y el peronismo. Hacia 1965 los temas y lenguajes por entonces dominantes en la JUC y en la JEC eran difícilmente rastreables en 1955 e incommunicables con 1935. De allí que las rupturas generalmente se orientaran al catolicismo liberacionista y al peronismo de tendencias izquierdistas, incluso admitiendo un antes impensable uso del marxismo. Pero la atracción del peronismo fue la más irresistible. El pasaje militante más conocido, pero no el único, fue el que llevó a un grupo de activistas estudiantiles católicos a la fundación de la organización Montoneros, cuya aparición pública tuvo lugar en 1970 (DONATELLO, 2010; CAMPOS, 2016).

Tras la XIII Asamblea de la organización reunida en Río Tercero en agosto de 1967, la JAC publicó una “Carta abierta a la juventud” en la que se identificó como una fuerza dispuesta al cambio, a ser “la voz de los sin voz”. Pero al mismo tiempo previno contra la “violencia” y el “odio”.<sup>70</sup> Este mensaje implicó una asunción moderada de temas epocales y expresaba un defasaje con la aceleración del discurso y práctica radicalizados. Mientras tanto, el entonces órgano oficial de la ACA, *Palabra*, publicaba textos sobre “La juventud en crisis” tratando una problemática de la época en todo el mundo occidental. Pero cuando en 1970 Vicente Zazpe aludió a la juventud católica “actual” no pudo referirse a una JAC endeble; tuvo que mencionar a las militancias juveniles agrarias y cooperativas que continuaban activas (ZAZPE, 1971, p. 54). Salvo esta fracción, las filas de la JAC estaban realmente deshabitadas. Uno de los más fieles representantes de una juventud católica atendida a las directivas de la Jerarquía fue Osvaldo “Coco” González Prandi.

<sup>69</sup> Jóvenes y viejos. En: *Boletín del Dirigente*, N° 31, 1957, pp. 3-4. Este *Boletín* pertenecía a la Asociación de Hombres de la ACA.

<sup>70</sup> Carta abierta a la juventud. En: *Palabra. Órgano de la Junta Central de la A.C.A.*, vol. 37, N° 2, setiembre de 1967, pp. 14-15.

## Conclusiones

La Federación de la Juventud de la ACA y su sucesora, la JAC, sedimentaron en su recorrido las tensiones que atravesaron la historia de la ACA, con las singularidades de la rama juvenil masculina. El crecimiento observado durante el primer decenio de su existencia, común al conjunto de la Asociación, expresó una época de la Argentina urbana y una peculiar situación política: la incertidumbre ante la consolidación de una hegemonía social y cultural tras la crisis del “progreso argentino” del periodo 1870-1930.

El catolicismo se hallaba en una posición inmejorable para emprender la revancha antilaicista tras su derrota en la década de 1880. Pero no fue el único cuartel ideológico que creyó llegado el momento de su conquista de la sociedad. Incluso una formación nueva como el comunismo argentino avanzó en los rangos obreros de la época con la convicción de un triunfo no demasiado lejano (CAMARERO, 2007). Con todo, el acontecimiento público callejero del Congreso Eucarístico Internacional de 1934, coincidente con una ampliación de las diócesis reconocidas en todo el país, coadyuvó a que la vertiginosa tarea de afiliación a la ACA creasen la sensación de una recatolización de la sociedad civil. Las escisiones entonces exacerbadas fueron vivenciadas con particular vigor por los jóvenes católicos. El desencadenamiento de la Guerra Civil Española y luego de la Segunda Guerra Mundial exacerbó una tensión interna de la rama juvenil pues la atracción del nacionalismo entre sus filas se profundizó. En general se llegó a una fórmula de compromiso: se aceptó una doble militancia. La exigencia de la dirección de la ACA se limitó a prohibir el uso de distintivos de la institución en actos políticos.

El impulso político juvenil fue contenido con éxito por las autoridades de la ACA en diversas oportunidades, hasta fines de la década de 1960, porque se produjo en el seno del catolicismo una coexistencia con la corriente nacionalista y momentáneamente con la peronista. En otras palabras, fue la propia heterogeneidad de una creencia que presumía de su univocidad la que habilitó la persistencia de un activismo donde convivían tensiones ideológicas enormes. No ocurrió así con las novedades políticas que siguieron a la Revolución Libertadora, a la Revolución Cubana y al Concilio Vaticano II.

La radicalización política de los años sesenta, en cuyos pliegues se observaban temas revolucionarios inaceptables para las cúpulas eclesásticas y sus adláteres laicales, no pudo ser tramitada de la misma manera. Esa crisis ideológica puso en evidencia una antigua tensión de los jóvenes (y como novedad de los *sixties* también de las jóvenes, pues la rama femenina juvenil siguió en parte el mismo periplo) con sus dirigentes mayores de la Asociación de Hombres de la Acción Católica y con la jerarquía eclesástica. Fue así que se produjo la sangría de activistas que despobló las dos ramas juveniles, las cuales jamás lograron recuperarse y sentenciaron la renuncia de la ACA a su originaria aspiración a devenir un movimiento de masas.

En la perspectiva general del lapso reconstruido, las rigideces suscitadas por la imposición de un modelo “italiano” de asociacionismo laical vertical no conducen a estabilizar una tensión constante entre bases activistas juveniles sometidas a la decisión ajena y los adultos (laicos y eclesásticos) a los que los estatutos oficiales subordinaban.

Durante el primer decenio de existencia en que los ingresos fueron constantes, la heteronomía de la rama no generó contrastes significativos. Tampoco lo hizo durante el interludio del primer peronismo, en que toda la ACA se atuvo a la alianza con el gobierno de Perón que la Jerarquía eclesiástica se preocupó por conservar. Todo comenzó a cambiar desde mediados de 1954, y cuando en el inicio de 1955 se desplegó el escenario de un enfrentamiento entre peronismo y catolicismo, las militancias juveniles, así como las de algunos asesores, fue incontrolable. La década siguiente al inicio de la Revolución Libertadora de la de mayor desencuentro entre los jóvenes y las dirigencias, en un contexto de estancamiento en el número de afiliaciones. En otros términos, lo que durante el periodo 1931-1954 pareció funcionar con altibajos, cambio de sentido desde 1955. Desde mediados de la década de 1960 el pasaje a nuevas formaciones políticas consagró la crisis final del asociacionismo católico juvenil.

En una línea histórica convergente, la contextura cultural de la rama verificó modificaciones significativas. Durante la primera década el discurso antimodernista se fundió con los motivos nacionalistas y el combate con el *continuum* entre liberalismo y comunismo. La conversión de la ACA en una organización de profesionales organizados con capacidad de presión sobre temas sociales y culturales como el aborto, la homosexualidad o la inseminación artificial configuró un perfil que comenzó a consolidarse desde fines de la década de 1940, en una secuencia que se exacerbó con la novedades que desde 1945 recorrieron al mundo occidental.

El periodo peronista desorientó al activismo juvenil católico. Una fracción realizó una conversión ideológica al nuevo movimiento político, pero la mayoría de los jóvenes católicos se opusieron con creciente convicción a la consolidación de un “cristianismo peronista” que parecía tolerar demasiado laxamente las odiadas novedades de una modernidad destructiva. Hacia 1950 la evidencia, perceptible desde la reforma constitucional de 1949, de que el peronismo se estaba constituyendo en un régimen donde la iglesia católica tenía un rol ancilar, creó las condiciones de una proyección política partidaria que el laicado nunca había acometido decididamente. El fracaso en la construcción del Partido Demócrata Cristiano durante los años cincuenta clausuró la vía para una participación juvenil independiente del peronismo. Mucho antes de la crisis juvenil de fines de los sesenta la militancia católica laical ya descansaba en médicos, abogados y economistas, antes que en sectores importantes movilizados y organizados en la sociedad civil. El vaciamiento de las filas en la Asociación consolidó el proceso elitista.

Quizá sea útil pensar que el declive de la rama juvenil masculina se entiende mejor en una curva de mayor ambivalencia de la creencia religiosa como articulador de lo colectivo, inscripto en otro proceso de construcción de una nueva juventud como periodo singular de la vida. Lo dudoso es que eso haya prosperado solo en 1960, supuesta época de “modernización” más o menos trunca, pues su historia es más extensa y llega al menos hasta mediados del decenio de 1930.

La Juventud inicial de la ACA fue pensada como la encarnación de una etapa transitoria de la vida, preparatoria de las auténticas responsabilidades de una vida cristiana y familiar. Vimos que Emilio Cárdenas subrayó en los años cuarenta que la reproducción

de la ACA se decidía en el convencimiento de que la juventud era una fase poco crucial del ciclo biográfico. Sin embargo, su alegado colisionaba cada vez más con la transformación de la experiencia juvenil, principalmente aunque no solo en la clase media. Después de 1955 eso devino más claro.

Apenas una década después de caído el peronismo, otras militancias parecieron más adecuadas para el juvenilismo católico. Hacia 1970 el ideal de Claudel, además de cuestionado por la reivindicación del goce, se sostuvo mejor en las políticas revolucionarias, nacionalistas o socialistas, que en los conservadores y aun reaccionarios consejos del obispo Antonio Caggiano.

El temario de la reunión de la Junta Nacional de la ACA convocada para abril de 1971 tuvo como primer punto a la “juventud”. Por entonces Emilio Pena, de la JAC, y María F. “Meneca” Etcheverry, de la AJAC, hacían esfuerzos tan desesperados como infructuosos por repoblar las filas de sus respectivas organizaciones.

## Referencias

- ACHA, Omar. Tendencias de la afiliación en la Acción Católica Argentina (1931-1960). En: *Travesía. Revista de Historia Económica y Social*, N° 12, 2010.
- ACHA, Omar. Activismo y sociabilidad en las jóvenes de la Acción Católica en la ciudad de Buenos Aires (1930-1945). En: *Cuadernos de Historia. Serie Economía y Sociedad*, n° 12, 2011a.
- ACHA, Omar. *Los muchachos peronistas: Orígenes olvidados de la Juventud Peronista* (1945-1955). Buenos Aires, Planeta, 2011b.
- ALAMEDA, Julián. *Argentina católica*. Buenos Aires, PP. Benedictinos, 1935.
- ALMARAZ, Roberto, Manuel CORCHON y Rómulo ZEMBORAIN, *¡Aquí FUBA! Las luchas estudiantiles en tiempos de Perón*. Buenos Aires, Planeta, 2001.
- ARNAUDO, Florencio. *El año en que quemaron las iglesias*. Buenos Aires, Pleamar, 1995 [1ª ed., 1956].
- AUZA, Néstor. *Corrientes sociales del catolicismo argentino*. Buenos Aires, Claretiana, 1984a.
- AUZA, Néstor. *Los católicos argentinos: Su experiencia política y social*. Buenos Aires, Claretiana, 1984b.
- AUZA, Néstor. *Católicos y liberales en la generación del ochenta*. Buenos Aires, Educa, 2007.
- BARRANTES MOLINA, Luis. *Desde mi tonel*. Buenos Aires, El Pueblo, 1933.
- BIANCHI, Susana. La conformación de la Iglesia católica como actor político-social. Los laicos en la institución eclesiástica: las organizaciones de élite (1930-1950). En: *Anuario IEHS*, N° 17, 2002.
- BLANCO, Jessica E. *Modernidad conservadora y cultura política: La Acción Católica Argentina* (1931-1941). Córdoba, Editorial de la Facultad de Filosofía y Humanidades, 2008.
- BUCHRUCKER, Cristián. *Nacionalismo y peronismo: La Argentina en la crisis ideológica mundial* (1927-1955). Buenos Aires, Sudamericana, 1987.
- CAFIERO, Antonio. *Desde que grité ¡viva Perón!* Buenos Aires, Pequeño, 1983.
- CAGGIANO, Antonio. *Problemas de Acción Católica*. Buenos Aires, Difusión, 1939.



- CAMARERO, Hernán. *A la conquista de la clase obrera*: Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935. Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2007.
- CAMPOS, Esteban. *Cristianismo y Revolución*: El origen de Montoneros. Buenos Aires, Edhasa, 2016.
- CATTÁNEO, Liliana y Fernando RODRÍGUEZ. Ariel exasperado: avatares de la Reforma Universitaria en la década del veinte. En: *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, N° 4, 2000.
- CATTARUZZA, Alejandro. Un mundo por hacer: una propuesta para el análisis de la cultura juvenil en la Argentina de los años setenta. En: *Entrepassados*, N° 13, 1997.
- CRUZ UGALDE, Félix. *Lección de Acción Católica*. Buenos Aires, Claretiana, 1935.
- DE ANDREA, Miguel. "Ateneo Social de la Juventud". En: *La perturbación social contemporánea* (1919), *Obras completas, tomo III*. Buenos Aires, Difusión, 1954
- DE IMAZ, José Luis. *Promediados los cuarenta*: No pesa la mochila. Buenos Aires, Sudamericana, 1977.
- DE IMAZ, José Luis. *Escuchando a Moledo*. Buenos Aires, ACDE, 1987.
- DEL CARRIL, Mario. *La vida de Emilio Mignone*: Justicia, catolicismo y derechos humanos. Buenos Aires, Emecé, 2011.
- DEVOTO, Fernando J. Atilio Dell'Oro Maini y los avatares de una generación de intelectuales católicos del centenario a la década de 1930. En: *Prismas*, N° 9, 2005.
- DEVOTO, Fernando y María Inés BARBERO. *Los nacionalistas*. Buenos Aires, CEAL, 1983.
- DI LEO PEÑA, José Jorge. *Al servicio de un ideal*. Buenos Aires, sin mención editorial, 1949.
- DONATELLO, Luis Miguel. *Catolicismo y Montoneros*: Religión, política y desencanto. Buenos Aires, Manantial, 2010.
- FERRARA, Francisco. *Los de la tierra*: De las Ligas Agrarias a los movimientos campesinos. Buenos Aires, Tinta Limón, 2007.
- FRANCESCHI, Gustavo. *Totalitarismo, liberalismo, catolicismo...*. Buenos Aires, JAC, 1940.
- GERMANI, Gino. *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires, Paidós, 1962.
- GÓMEZ, Albino. *Diario de un joven católico (1945-1972)*. Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1995.
- GUTMAN, Daniel. *Tacuara*: Historia de la primera guerrilla urbana argentina. Buenos Aires, Ediciones B, 2003.
- HABEGGER, Norberto, Alejandro MAYOL y Arturo ARMADA. *Los católicos posconciliares en la Argentina*. Buenos Aires, Galerna, 1970.
- KLEIN, Marcus. Argentine Nationalismo before Perón: the Case of the Alianza de la Juventud Nacionalista, c. 1937-1943. En: *Bulletin of Latin American Research*, vol. 20, N° 1, 2001.
- LAFIANDRA, Félix, ed. *Los panfletos*: Su contribución a la Revolución Libertadora. Buenos Aires, Itinerarium, 1955.

- LIDA, Miranda. La idiosincrasia burguesa de la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas. En: Omar ACHA y Nicolás QUIROGA, eds., *Asociaciones y política en la Argentina del siglo veinte*. Buenos Aires, Prometeo Libros, 2014.
- LIDA, Miranda. *Historia del catolicismo en la Argentina: Entre el siglo XIX y el XX*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2015.
- LIDA, Miranda y Diego MAURO, coords. *Catolicismo y sociedad de masas en Argentina: 1900-1950*. Rosario, Prohistoria, 2009.
- MALLIMACCI, Fortunato. *Catholicisme et état militaire en Argentine (1930-1946)*. París: tesis doctoral de la EHESS, 1988.
- MALLIMACCI, Fortunato. Movimientos laicales y sociedad en el período de entreguerras. La experiencia de la Acción Católica en la Argentina. En: *Cristianismo y Sociedad*, N° 108, 1991.
- MANZANO, Valeria. Las batallas de los 'laicos': Movilización estudiantil en Buenos Aires, septiembre-octubre de 1958. En: *Boletín de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, N° 31, 2009.
- MANZANO, Valeria. Juventud y modernización sociocultural en la Argentina de los sesenta. En: *Desarrollo Económico*, N° 199, 2010.
- MCGEE DEUTSCH, Sandra. *Las derechas: La extrema derecha en la Argentina, el Brasil y Chile*. Bernal, Editorial Universidad Nacional de Quilmes, 2005.
- MEINVILLE, Julio. *El judío*. Buenos Aires, JAC, 1937.
- MELON PIRRO, Julio. *El peronismo después del peronismo: Resistencia, sindicalismo y política luego del 55*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2009.
- PICO, César. *Carta a Jacques Maritain*. Buenos Aires, Adsum, 1937.
- PIÑEIRO, Elena. *La tradición nacionalista ante el peronismo: Itinerario de una esperanza a una desilusión*. Buenos Aires, A-Z Editora, 1997.
- PITA GONZÁLEZ, Alexandra. *La Unión Latino Americana y el Boletín Renovación: Redes intelectuales y revistas culturales de la década de 1920*. México, El Colegio de México-Universidad de Colima, 2009.
- POTASH, Robert. *El ejército y la política en la Argentina 1928-1945*. Buenos Aires, Sudamericana, 1984.
- PUJOL, Sergio. Rebeldes y modernos: Una cultura de los jóvenes. En: Daniel JAMES (dir.), *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. Nueva Historia Argentina, IX. Buenos Aires, Sudamericana, 2003), pp. 281-328.
- RAPALO, María Ester. **Patrones y obreros**. La ofensiva de la clase propietaria, 1918-1930. Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2012.
- SEIJO, Mario. *En la hora del laicado: Testimonio de un militante cristiano*. Buenos Aires, Ciencia, Razón y Fe, 2000.
- TERÁN, Oscar. *Nuestros años sesentas: La formación de una izquierda intelectual en la Argentina*. Buenos Aires, Puntosur, 1991);
- TORRE, Juan Carlos. A partir del Cordobazo. En: *Estudios*, N° 4, 1994.
- USSHER, Santiago. *Cien años de acción católica en la Argentina (1831-1931)*. Buenos Aires, s. n., 1957.

VALESCCHI, Francisco. *Silabario social: Principios de Doctrina Social Católica*. Buenos Aires, ACA, 1939-1943), 3 vols.

VASQUEZ, Karina. Intelectuales y política: la “nueva generación” en los primeros años de la Reforma Universitaria. En: *Prismas*, N° 4, 2000.

ZANATTA, Loris. *Perón y el mito de la nación católica*. Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

ZANATTA, Loris y Roberto DI STÉFANO. *Historia de la Iglesia en la Argentina*. Buenos Aires, Grijalbo, 2000.

ZAZPE, Vicente F. Evangelio y juventud actual [1971]. En: *Escritos*. Santa Fe, Arquidiócesis de Santa Fe, 2006, vol. 1, 2006.